

Pabellón del “Latorre” recordará permanentes deberes con el mar

En la Sala de la Presidencia del Senado, a las 12,45 horas del 29 de diciembre último, se efectuó la ceremonia de entrega del Pabellón de Combate del ex acorazado “Almirante Latorre”, por la Armada Nacional, acto que tuvo especiales relieves de solemnidad y contó con la presencia del Presidente de la Corporación, Ministro de Defensa Nacional, señor Alejandro Ríos Valdivia, altos representantes de la Institución, parlamentarios y funcionarios del Senado.

En el momento oportuno, el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante don Raúl Montero, en emotiva improvisación, hizo entrega de dicha insignia —que quedará instalada en la Presidencia del Senado— al señor Tomás Pablo Elorza, quien agradeció este noble gesto de la Marina chilena. Los textos de los discursos de los señores Montero y Pablo se transcriben textualmente más adelante.

Al término de este acto, el Presidente del Senado, señor Tomás Pablo Elorza, invitó a un almuerzo en los comedores de la Corporación, al cual asistieron, además, las siguientes personas: Ministro de Defensa Nacional, don Alejandro Ríos Valdivia; Subsecretario de Marina, don Jorge Domínguez; Vicepresidente del Senado, don Alejandro Noemí; Presidente de la Cámara de Diputados, don Jorge Ibáñez; Primer Vicepresidente de la Cámara de Diputados, señor Juan Acevedo; Senadores señores Raúl Gormaz, Fernando Ochagavía, Humberto Aguirre, Juan de Dios Carmona, Pedro Ibáñez, Eugenio Ballesteros, Américo Acuña y Jorge Montes; Almirante don Raúl Montero; Vice Almirante, don Patricio Carvajal; Contralmirantes, señores Luis Eberhard, Ricardo León y Pablo Weber; Capitán de Navío, señor

Después de la entrega del Pabellón que perteneciera al acorazado "Almte. Latorre". Aparecen ante él el Comandante en Jefe de la Armada, Almirante Raúl Montero Cornejo y el Presidente de la Alta Cámara Senador Tomás Pablo Elorza.



Christian Storaker; Capitanes de Corbeta, señores Emilio Vivanco y Oscar Aranda; Secretario Jefe de Comisiones del Senado, don Raúl Charlín; Jefe de Informaciones, don Sergio Guilisasti Tagle; Jefe de la Redacción, don Raúl Valenzuela; Secretario de Comisiones, don Pedro Correa; Edecán de la Corporación, don Jorge Thornton y Archivero, don Carlos Hoffmann.

Texto del discurso del Comandante en Jefe de la Armada,
Almirante señor Raúl Montero:

“Señor Presidente del Senado,
Señor Ministro de Defensa Nacional,
Distinguidos parlamentarios,
Señores:

Cuando el Supremo Gobierno nos honró confiándonos el mando institucional, supimos de una feliz iniciativa del señor Presidente del Senado para obtener, por intermedio de la Armada, una bandera nacional que presidiera los actos tan destacados que en esta Alta Corporación se ven.

Al principio, la tarea nos pareció fácil; pero cuando comprendimos su elevada significación y su real magnitud, se nos complicó un poco, porque un asta de bronce la podían hacer nuestros hábiles artesanos de la maestranza de Talcahuano, pero una bandera que encerrara en sus pliegues historia, tradición, espíritu, no podía obtenerse fácilmente.

Le pedimos, entonces, a nuestros asesores inmediatos que se dieran a esta tarea, y aquí está: es el último pabellón de combate que tuvo nuestro acorazado “Almirante Latorre”. Fue una bandera gestada con amor. Hombres de espíritu patrio generosos la ofrendaron; mujeres chilenas trabajaron en ella y, tal vez, las pupilas de muchos niños vieron, con acertada intuición, que ella representaba el espíritu de ese navío, y la llevaron a sus dibujos infantiles.

El tiempo que todo destruye, que todo daña, fue clemente con ella, y, a pesar de los años transcurridos, podemos ver que sus colores están intactos. Ese azul, ese rojo y ese blanco sintetizan esa tierra-océano que un poeta nuestro, tal vez el más alto, dijo que era un largo pétalo hecho de nieve, de vino y de mar.

Es una enseña que presidió las más grandes efemérides patrias.

Fue izada en cada amanecer al toque del clarín y con honores. Sólo fue arriada cuando el sol se ponía en esa línea en donde se confunden el cielo y el mar, en el horizonte infinito del océano.

Tiene, sí, huellas de su actividad. Hay manchas de polvo, hay señales de brea. Hay, también, caricias del mar, cuando una ola hecha espuma, tal vez la quiso acariciar.

Fue la bandera de esa unidad. Creemos que ella dio un sólido respaldo a nuestras relaciones internacionales y constituyó una herramienta útil en la política exterior de Chile. Por eso, la creemos digna del momento.

La entregamos con la profunda satisfacción de la Armada de haber sido encomendada a ella esta misión tan honrosa.

Flameó en el asta del acorazado que llevó el nombre ilustre del Almirante Latorre.

Bien sabéis, señores, que el vencedor de Angamos fue, además de un distinguido marino, un hombre público que durante cuatro períodos legislativos consecutivos representó con dignidad y decoro a la capital marítima de Chile: a Valparaíso.

Posteriormente, en dos ocasiones, fue Ministro de Relaciones y Consejero de Estado.

Creo ver en este hecho uno de esos signos que dan jerarquía a un pabellón.

Por eso, aunque mi intención, como todos los gestos de la Armada, era entregarla calladamente, tranquilamente, aprecio mucho el gesto de todos vosotros por haber dado tanto relieve a esta ceremonia, que para nosotros es profundamente significativa".

Texto del discurso del Presidente del Senado, don Tomás Pablo:

"Señor Ministro de Defensa Nacional,
Señor Comandante en Jefe de la Armada,
Señores Almirantes,
Señores Senadores,
Señores:

No es sino con profunda emoción que recibo esta mañana el valioso presente que el señor Comandante en Jefe de la Armada Nacional, Almirante señor Raúl Montero, en nombre de su Institución, hace al Senado de Chile, al entregarnos el pabellón de combate del acorazado "Almirante Latorre", que durante varias décadas integró la Escuadra y que en 1920 pasó a ser su buque insignia.

Este pabellón, que permanecerá en la Presidencia de la Corporación, nos honra y nos distingue, pues ser depositarios de él, será para los actuales Senadores o quienes nos sucedan en el futuro, símbolo permanente de nuestra común devoción —de políticos y marinos— hacia nuestra Patria. Al mismo tiempo su presencia entre nosotros nos ha de recordar nuestras obligaciones para con la Armada Nacional, a la que tanto debe Chile.

El nombre del Almirante Juan José Latorre que llevara el acorazado que en 1959 dejó de pertenecer al país, corresponde sin duda al de uno de los marinos más ilustres de Chile y al mismo tiempo, se unió en él además la vocación política, pues después de acogerse a retiro llegó a ser Ministro de Estado y Senador por Valparaíso. Su voz se alzó en la Sala de nuestros debates, de tal modo que en él vemos también a un colega que dio brillo a las tareas del Congreso Nacional.

En su persona, quisiera rendir homenaje a la Armada Nacional. Profesional de relevantes condiciones, escribió páginas imborrables en la Historia de Chile cuando al mando de la cañonera "Magallanes", en desigual combate en Chipana, pone su metralla en la cubierta de las corbetas peruanas "Unión" y "Pilcomayo" y cuando enfrenta con decisión en Iquique y en Antofagasta al "Huáscar". Posteriormente como Comandante del "Cochrane" le corresponde la acción principal en la captura del monitor peruano en el Combate de Angamos, el 8 de octubre de 1879, lo que nos otorgó el dominio en el mar e hizo posible la victoria de Chile en la Guerra del Pacífico. Se cumplió así el pensamiento que Cicerón pone en labios de Temístocles: "el que tiene el mar, necesariamente es dueño de la situación".

Pero si como marino cumplió con singular acierto sus deberes de hombre de armas, incorporado a las labores políticas, desempeñó el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores y se esmeró en hacer realidad un pacto en 1898 con el Perú, que él suscribió. Defendiendo lo actuado como Ministro, siendo Senador por Valparaíso, en sesión de 13 de enero de 1902 expresaba: "Puedo decir relativamente al Tratado con el Perú, que es exacto lo aseverado en la otra Cámara de que yo no soy el negociador del pacto. Puse mi firma en él, sin embargo, porque estuve siempre al corriente de cómo se discutían sus cláusulas. Acepté, pues, su contenido, en block, como se dice, convencido de que con ello se habría hecho obra de equidad y de conveniencia en parte. De equidad, por cuanto era tiempo de poner sello final, traduciendo en actos concretos las disposiciones del artículo 3º del Tratado de Ancón; y de conveniencia, porque era menester desimpresionar al Perú y a la América entera, en donde se acusa corrientemente a Chile enrostrándole los malos manejos de su política externa, a la cual se califica de artera, de mala fe y con los demás atributos negativos que constituyen lo que en lenguaje diplomático se denomina "coups d'éplinge" o sea "política de alfilerazos".

Hombre de armas de valor singular y por circunstancias que le impuso el destino, hombre también que buscó los senderos de la paz y que comprendió que frente al Perú y a América toda, más que el alfilerazo, lo que vale es crear las condiciones estables de una paz duradera. Hoy que junto a los países del Area Andina intentamos en común hacer historia hacia adelante, sus palabras y su visión adquieren relevancia.

Señores Almirantes. En otras oportunidades me ha tocado recordar el pensamiento de un escritor que afirmaba: "la misión del soldado es saber morir". Nuestra bandera no ha sido jamás arriada y vidas de marinos ilustres sucumbieron para que flameara en su lugar.

Pero para poseer el valor para cumplir con tan alta y dura misión, es preciso aprender a saber vivir. Nuestros institutos armados se esmeran en impartir tan noble enseñanza, entre los que destaca la Armada Nacional. La devoción a la Patria, al cumplimiento de los deberes militares, la abnegación, el sacrificio personal, el respeto a las jerarquías, etc. son virtudes que ennoblecen a nuestros marinos, que los habilitan en tiempo de guerra para cumplir sus altas funciones y que en la paz, acogidos a retiro, les permite incorporarse a las labores cívicas con singular eficiencia.

A vuestras tareas de ayer y de siempre rindo mi cálido homenaje y estoy cierto que este pabellón que hoy encomendáis a nuestra custodia, nos recordará permanentemente nuestros deberes para con la Armada y para con el mar, que al decir de Ibsen "está dotado de un poder tal sobre el hombre, como si tuviese voluntad. El mar —agrega— puede hipnotizar, como en general puede hacerlo la naturaleza".

Soy de los que creen que en gran medida la Historia del futuro se escribirá en el Pacífico. Nos aguardan tareas comunes que emprender, lo que creará entre nosotros motivo permanente de diálogo.

Gracias una vez más".



La Intrepidez y la Victoria

"Para probar la intrepidez del hombre está la noble lucha. Más la victoria está en manos de Dios".

(De "La Iliada")